

se secretamente excitadas á la rebelión. En el mes de julio de 1466 reunióse la comisión de los Treinta y Seis bajo la presidencia de Dunois, con el pretexto de deliberar sobre «los remedios convenientes al Bien público,» pero en realidad para examinar las dificultades que consigo traía la ejecución del tratado de Confláns y para acusar al conde de Charolais. Amenazaba, pues, un nuevo rompimiento.

Los liejenses, á pesar de verse abandonados por Luis XI, siguieron favoreciendo la causa de éste; el partido democrático no quiso aceptar el tratado de 22 de diciembre de 1465 que restablecía el poder de Luis de Borbón bajo el protectorado de Carlos *el Temerario* y los «Verdaderos liejenses» echaban sobre todo en cara á los negociadores de aquella paz que hubiesen consentido en que el conde de Charolais, excluyera de ella á los habitantes de Dinant, á quienes éste había amenazado con terribles castigos. Y en efecto, en 1466 el conde se vengó cruelmente de los insultos, que los dinanteses le habían prodigado, apoderándose de su ciudad é incendiándola por completo. Aquellos desgraciados habían estado diciendo hasta el último día: «El noble rey de Francia vendrá á socorrernos y no nos faltará, puesto que nos lo ha prometido.» A pesar de esta lección terrible, los de Lieja dejáronse todavía dominar por los demagogos y seducir por las hermosas palabras de Luis XI, el cual firmó con ellos una nueva alianza en 15 de julio de 1457. Luis de Borbón hubo de refugiarse en la corte de Borgoña (septiembre), y para «reconfortar» á los liejenses, el rey puso cerca de ellos al baile de Lyon y envió á Antonio de Chabannes á Mezières con cuatrocientas lanzas y seis mil franco-arceros.

A todo esto, había muerto en 15 de junio de 1467 Felipe *el Bueno*. El advenimiento de Carlos *el Temerario* fué acogido con sublevaciones, populares: **1467** los ganteses, «que amaban al hijo de su príncipe, pero no al príncipe,» obligaron al nuevo duque á suprimir un impuesto para celebrar su entrada en la ciudad. En Brabante, Bruselas, Malinas, Amberes y Lierre se agitaron en favor del conde de Nevers, que reclamaba aquel ducado; pero la nobleza brabanzona se declaró en favor de Carlos *el Temerario* y le ayudó á castigar á los «villanos.» Luis XI era quien, olvidando la traición reciente del conde de Nevers, le había instigado, para servirse de él, á reivindicar el Brabante; además atrájose á uno de los más antiguos amigos de Carlos *el Temerario*, el condestable de Saint Pol, casándole con la hija de Carlota de Saboya.

Carlos *el Temerario*, por su parte, se apercibía á la lucha firmando, lo propio que el duque de Bretaña, en 1467, tratados de alianza con el rey de Dinamarca y el duque de Saboya y solicitando la amistad del rey de Inglaterra.

«Dios ha hecho en bien del reino de Francia, dice Comynnes, que subsistieran todavía las guerras y divisiones de Inglaterra, y es indudable que si los ingleses hubieran estado en la situación en que estuvieron en otro tiempo, este reino hubiera pasado muchos apuros.» Efectivamente, las guerras entre las casas de Lancaster y York (1) no habían terminado con el falleci-

(1) Respecto del comienzo de la guerra de las «Dos Rosas,» véase pág. 665 del tomo II.

miento de Ricardo de York, muerto en la batalla de Wakefield en 30 de diciembre de 1460; pues su hijo, el joven conde de March, y el conde de Warwick, el *hacedor de reyes*, habían entrado en Londres, ciñéndose aquél la corona con el nombre de Eduardo IV (4 de marzo de 1461). Luis XI, partidario de la casa de York cuando todavía era delfín, se había, desde su advenimiento al trono, enemistado con Eduardo IV, y con la esperanza de recobrar Calais, sin empeñarse en una guerra, había firmado en 1462 un tratado con la casa de Lancaster y procurado á Margarita de Anjou, para una expedición contra Inglaterra, subsidios y tropas, por otra parte harto menguados para asegurar el éxito de aquella tentativa. La desgraciada Margarita había vuelto una vez más vencida de Inglaterra, «periciendo de hambre y de incomodidades,» y el rey, que era poco afecto á los malaventurados, renunció á sostener los derechos de su prima y trató de firmar una paz conveniente con Eduardo IV, quien había huído el cuerpo y concedido únicamente la prolongación de la tregua por virtud de la cual estaban suspendidas, desde el final de la guerra de Cien Años, las hostilidades entre Francia é Inglaterra. En 1465, los enemigos de Luis XI habían creído, por un momento, en una invasión de Francia; cuando la guerra del Bien público, un desembarco tenía grandes probabilidades de éxito y de él hubiera sacado Eduardo IV provechosa gloria para su dinastía, pero afortunadamente para Luis XI, «el rey Eduardo no era hombre de gran orden y sí sólo príncipe hermoso,» voluptuoso y apático, y consintió en prorrogar las treguas hasta 1.º de marzo de 1468.

Durante el año 1467 la alianza inglesa fué solicitada por Luis XI y por Carlos *el Temerario*, que pedía la mano de Margarita de York, hermana de Eduardo. Para impedir este matrimonio, contaba Luis XI con la influencia de Warwick, con quien celebró una entrevista en Ruán colmándole de agasajos y regalos á él y á su acompañamiento, «Este conde, hombre prudente y sutil en sus negocios,» prometió su apoyo, mas el rey de Francia tenía formada una idea equívoca del poder del *hacedor de reyes*. Eduardo IV había casado en 1464 con una viuda de pequeña nobleza, Isabel Wydeville, y desde entonces habíanse enfriado las relaciones del joven príncipe con su antiguo favorito, no teniendo aquél atenciones y favores más que para la familia ávida de la reina. Si Warwick aceptó los ofrecimientos de Luis XI, fué porque preparaba su defección y quería asegurarse una ayuda; mas cuando regresó á Inglaterra, encontró allí una embajada borgoñona que obtuvo de Eduardo IV formales promesas de alianza. Las proporciones de Luis XI fueron injuriosamente rechazadas.

No era mejor la situación del rey en Francia: Monsieur Carlos, aunque precisado á vivir á expensas de su amigo Francisco II y á mendigar socorros de las damas bretonas (2), rechazaba las proposiciones, por otra parte irrisorias, que le hacía su hermano: quería la Normandía, y la Normandía era lo que los duques de Bretaña y de Borgoña pensaban arrebatar al rey. Francisco II, al mismo tiempo que aceptaba de Luis XI un regalo de 120.000 escudos, firmó en 16 de agosto

(2) Carta de Carlos, publicada en el «Bulletin de la Société archéologique de Nantes,» 1863, tomo III, pág. 207.

de 1467 un tratado de amistad perpetua con Carlos de Francia y empleó aquel dinero del rey en reclutar un ejército para combatirlo. Carlos *el Temerario* prometía entrar muy pronto en campaña con mil seiscientas lanzas y veinte mil arqueros, y aseguraba que el conde Palatino aportaría diez mil hombres para la conquista de Normandía. Finalmente, en 1.º de octubre, los duques de Normandía, de Bretaña y de Borgoña firmaron una alianza con Juan II, duque de Alenzón, el conspirador eterno, que se refugió en Bretaña, abandonando á Francisco II todas las plazas fuertes de sus dominios normandos.

En 15 de octubre supo Luis XI que el ejército bretón había invadido la Normandía, y en el mismo momento, Carlos *el Temerario* poníase en marcha, con el mayor ejército que jamás había reunido un duque de Bretaña, para aniquilar á los liejenses. Luis XI, después de haber intentado inútilmente detenerle con amenazas que sus propios apuros hacían vanas, sacrificó una vez más á sus aliados y firmó una tregua con el duque de Borgoña. Los de Lieja, abandonados á sus propias fuerzas, fueron completamente derrotados (batalla de Brusthem, 28 de octubre), y Carlos *el Temerario* abolió todas sus franquicias y se atribuyó el gobierno del principado; pero en el entretanto, aprovechándose de la irritación causada en Normandía por los estragos de los bretones, Luis XI atraía de nuevo á su causa á Juan II y á Renato de Alenzón, detenía á los invasores y firmaba una tregua con Francisco II (25 de enero de 1468).

A pesar de todo, el peligro continuaba siendo inmenso para el rey y para el reino: indudablemente estallarían en la primavera una nueva guerra civil, en la cual desempeñaría el principal papel el duque de Borgoña; y á todo esto los negociadores enviados por Luis XI á Londres no lograban la renovación de la tregua inglesa, que expiraba en 1.º de marzo. El rey hizo un llamamiento á sus súbditos y convocó los Estados generales. En 26 de febrero de 1468, encargó á las buenas ciudades **1468** que enviaran sus diputados á Tours, para 1.º de abril, á fin de remediar los «trastornos y divisiones» que amenazaban agravarse «con gran pesadumbre, carga y opresión para nuestro pobre pueblo.» La asamblea fué muy solemne y duró desde el día 6 al 14 de abril, habiendo decidido por unanimidad que Monsieur Carlos no tenía derecho más que á un condado ó á un ducado que produjera 12.000 libras tornesas de renta y que el rey podría ofrecerle además hasta 60.000 libras de pensión, pero que en ningún caso podía ser la Normandía enajenada y «que no estaba en las atribuciones del rey arrendarla.»

Eduardo IV comenzaba sus preparativos, después de haber entrado resueltamente en la coalición. En 17 de mayo, el Parlamento le votó subsidios para reconquistar los dominios de sus antepasados en Francia, y en el mes de junio envió á Flandes á su hermana Margarita, la cual se casó con Carlos *el Temerario* en 3 de julio. Luis XI se aprovechó de las fiestas suntuosas que en aquella ocasión se celebraron sin interrupción hasta 12 de julio en la ciudad de Brujas, consiguiendo fácilmente de Carlos *el Temerario* una prórroga de la tregua hasta 1.º de agosto, y durante este tiempo sus tropas recobraron las plazas que aún ocupaba en Normandía Francisco II. Un monje, pagado con largueza por el

rey, recorría la provincia amonestando «al pueblo de las ciudades y parroquias á que guardaran fidelidad al monarca y resistieran con todas sus fuerzas la empresa de aquellos que quisieran apesadumbrarle (1).» Por último, un ejército real invadió la Bretaña y Francisco II se vió obligado en 10 de septiembre de 1468, á firmar la paz de Ancenis. Luis XI concedió una pensión de 60.000 libras á su hermano y le prometió una dote.

Cuando un heraldo de Francisco II anunció á Carlos *el Temerario* la firma de este tratado, el duque de Borgoña vióse acometido de tal acceso de furor que quiso mandar ahorcar al mensajero. Había reunido un ejército para socorrer á sus aliados y acababa de pasar el Somma y ¿qué iba á suceder ahora? Entre los que rodeaban á Luis XI las opiniones estaban divididas: Antonio de Chabannes y el partido militar querían proseguir la guerra hasta el fin; «este orgulloso rebelde Carlos, exclamaban, falso, maldito inglés, será destruído por sus pecados. ¡Que le peguen! ¡Que todos los mil grandes diablos le peguen!» Pero Luis XI escuchaba el consejo de los prudentes, los cuales tenían las consecuencias que para el reino podría tener una lucha desesperada; así es que envió una serie de embajadas á Carlos *el Temerario*, celebrándose en Ham, desde el 20 al 29 de septiembre, varias conferencias para concertar la paz, conferencias que no dieron resultado alguno. Luis XI, convencido de que triunfaría allí donde los demás habían fracasado, envió al duque de Borgoña un presente de 60.000 escudos de oro y obtuvo, no sin trabajo, la promesa de una entrevista y un salvoconducto (2).

Carlos *el Temerario* se encontraba en Peronne, y allí llegó Luis XI en 9 de octubre de 1468, acompañado solamente de un centenar de personas, entre las que estaban el duque de Borbón, el condestable de Saint-Pol y el cardenal Balue. Como «el alojamiento del castillo no valía nada,» el rey fué albergado en la casa del receptor; y apenas instalado en ella anunciáronle la llegada de varios personajes que tenían fundados motivos para odiarle, principalmente su cuñado Felipe de Bresse (3) y Antonio du Lau, recientemente evadido de una prisión real, los cuales habían entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que él, acompañando al mariscal de Borgoña Thibald de Neufchatel, otro enemigo personal de Luis XI. Comprendió éste de pronto la gran imprudencia que había cometido; y estimando que su salvación estaba en la lealtad de Carlos *el Temerario*, instalóse en el castillo. Al día siguiente y al otro, 10 y 11 de octubre, el cardenal Balue conferenció con los agentes del duque para concertar la paz; pero Carlos negóse obstinadamente á abandonar á su aliado, el duque de Normandía, en vista de lo cual no le quedaba á Luis XI más recurso que preparar su partida.

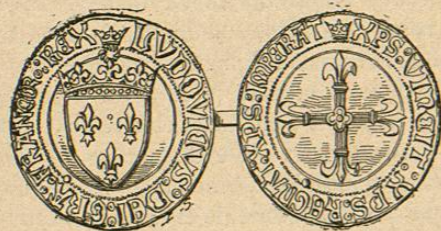
De pronto, al atardecer del día 11 de octubre, entró en Peronne un grupo de fugitivos desatinados portadores de terribles noticias: el obispo Luis de Borbón, el

(1) Recibo publicado en el «Précis des Travaux de l'Académie de Rouen,» 1897-1898, pág. 200.

(2) La idea de una entrevista privada con Carlos *el Temerario* era una idea personal de Luis XI, el cual, desde el mes de agosto, había proyectado ver personalmente al duque de Borgoña. No fué, pues, Balue quien le sugirió el viaje á Péronne, y así lo ha demostrado cumplidamente M. Forgeot.

(3) Acerca de Felipe de Bresse, véase más adelante.

legado del papa y el señor de Humbercourt, que gobernaba el principado de Lieja en nombre del duque de Borgoña, habían sido asesinados por los liejenses, por instigación de los emisarios de Luis XI, y los fugitivos «certificaban haber visto á los embajadores del rey en tal compañía y los nombraban.» No eran, sin embargo, del todo exactas tales afirmaciones. Un mes antes, los «Verdaderos liejenses,» desterrados por el duque en 1467, habíanse aprovechado de la apurada situación de Carlos *el Temerario* para regresar al principado, convencidos de que iba á estallar una guerra entre Francia y el duque de Borgoña, y el día 9 de octubre habíanse apoderado del obispo, en su residencia de Tongres. En el tumulto que con este motivo se produjo habían sido muertos algunos individuos; el obispo había sido con-



Moneda de Luis XI

ducido nuevamente á Lieja, y Humbercourt puesto en libertad. Pero la acusación contra Luis XI no carecía de fundamento, pues Commynes, que evidentemente estaba bien informado, nos dice: «El rey, al marchar á Peronne, no había tenido en cuenta que había enviado dos embajadores á Lieja para solicitarles contra el dicho duque, los cuales embajadores habían llenado tan cumplidamente su cometido que habían hecho una gran aglomeración.»

Las noticias llegadas á Peronne enfurecieron á Carlos *el Temerario*, el cual «les dió crédito y montó en gran cólera diciendo que el rey había ido allí para engañarle.» Inmediatamente mandó cerrar las puertas de la ciudad y del castillo, quedando por consiguiente preso Luis XI, quien desde su ventana veía el grupo de arqueros borgoñones que le guardaba y la vieja torre en donde el rey Carlos *el Simple* había muerto prisionero de un conde de Vermandois. Durante dos días y tres noches túvole *el Temerario* encerrado y deliberó acerca de lo que haría con él, no cesando de decir que «el rey había ido allí para hacerle traición.» Sin ninguna duda, Felipe de Bresse y los demás enemigos del rey atizaban su cólera: unos le incitaban á retener á Luis XI cautivo «llanamente, sin ceremonias;» otros eran de parecer de que enviase á buscar cuanto antes á Monsieur Carlos y firmase «una paz muy ventajosa para todos los príncipes de Francia;» pero la mayoría de los consejeros del duque opinaban que el salvoconducto dado al rey no podía ser violado. Luis XI, á quien se dejó en libertad de comunicarse con algunos de sus compañeros, había encargado al cardenal Balue que distribuyera 15.000 escudos de oro entre los borgoñones «que pudieran ayudarle.» Balue habíase quedado con la mitad de aquella suma, pero había hecho algunos regalos provechosos para su señor: Antonio, gran bastardo de Borgoña, recibió 2.000 escudos y es probable que Felipe de Commynes, que gozaba de gran predicamento cerca de Carlos *el Temerario* y dormía en su mismo cuarto, percibie-

ra 1.000 ó 1.500, y uno y otro indujeron al duque á ser fiel á su palabra y á dejar libre al rey. Por otra parte, llegaban de Francia alarmantes noticias, según las cuales Antonio de Chabannes, el generalísimo de Luis XI, acampaba cerca de la frontera, y Gastón de Foix, que acababa de llegar del Mediodía con un gran ejército, había establecido su cuartel general en Meaux.

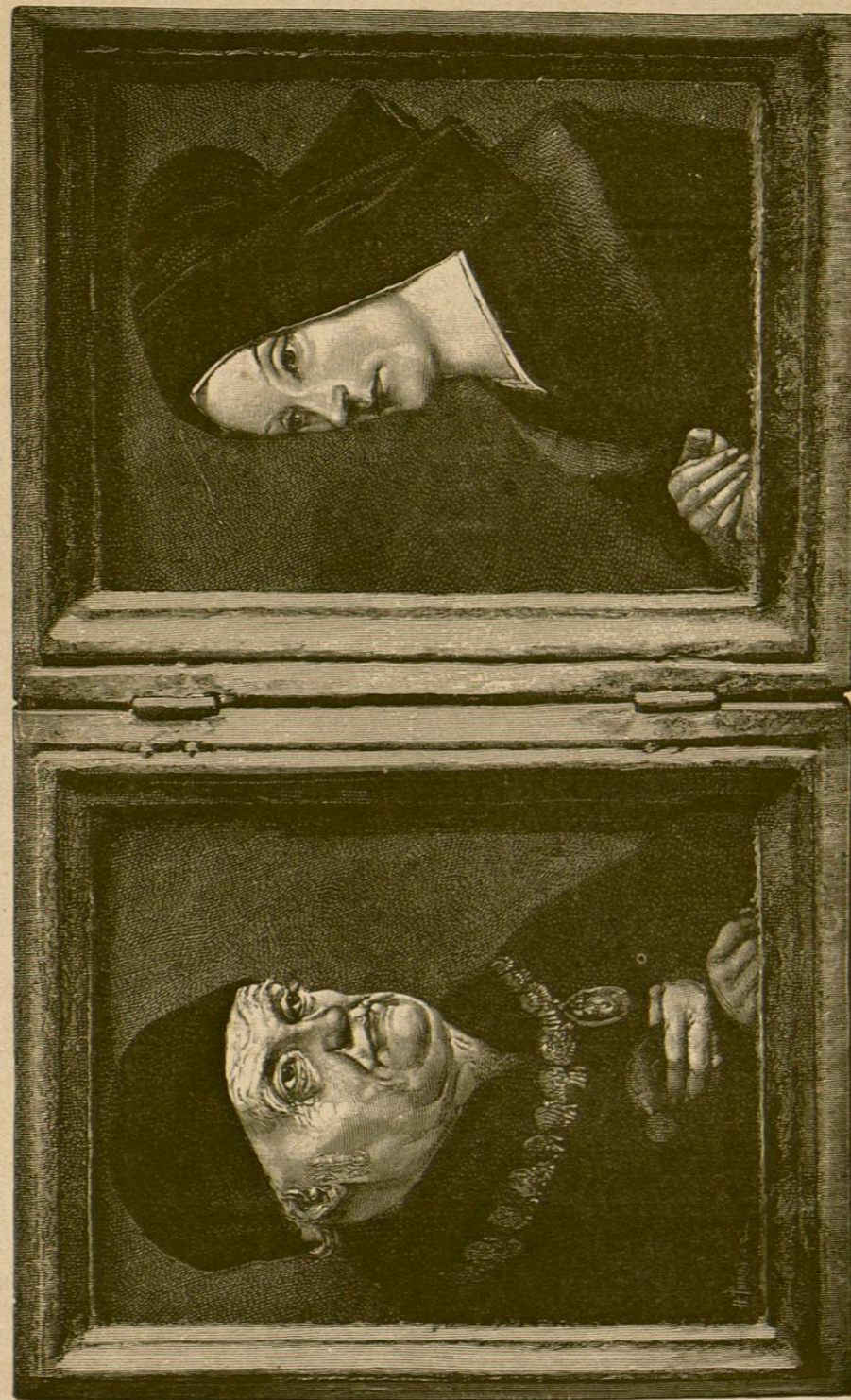
Después de una noche agitada, que pasó con Commynes paseándose inquieto por su cuarto y profiriendo todavía terribles amenazas, el duque fué á ver por vez primera á su prisionero á las nueve de la mañana del 14 de octubre. Había adoptado su resolución: el rey quedaría en libertad, á condición de que firmara un tratado, que había sido preparado por el Consejo ducal, y de que tomara parte en la destrucción de Lieja. Cuando el duque entró en donde estaba Luis XI, «la voz le temblaba, tan emocionado y tan dispuesto al enojo se sentía; y si bien guardó una actitud de cuerpo humilde, su gesto y su palabra eran ásperos.» Echó en cara al rey que le hubiese engañado y le expuso sus condiciones, y Luis XI con aire hipócrita le aseguró que por nada del mundo habría querido excitar á los liejenses contra el duque y prometió que iría á castigarlos y que juraría el tratado que Carlos le proponía. Y en efecto, lo juró sobre un fragmento de la vera cruz que había llevado consigo.

El tratado de Peronne tiene la forma de cartas reales que contienen «las quejas, representaciones y peticiones del duque» con «las provisiones y respuestas» del rey; Todos los conflictos surgidos entre los funcionarios borgoñones y los del rey á propósito de la aplicación de los tratados de Arrás y de Confláns, quedaron zanjados á satisfacción de Carlos *el Temerario*. Las «cuatro leyes de Flandes,» es decir, los tribunales de Gante, Brujas, Ipres y del «Franco» de Brujas (campiña de Brujas), quedaron exentos de la jurisdicción del Parlamento de París. Pero, cosa singular, para nada se habla en aquel tratado de la dote de Monsieur Carlos; según Commynes y Oliverio de la Marche, Luis XI se obligó á darle la Champaña y el Brie, y aunque es probable que el duque de Borgoña exigiese tal promesa, lo cierto es que no se sabe que fuera objeto de ningún documento escrito.

Luis XI estimaba que había escapado bien de aquel mal paso y el mismo día escribía á las buenas ciudades de Francia: «Estamos seguros de que estaréis muy contentas.» Al día siguiente hubo de partir para Lieja, y aunque todavía no estaba libre y por consiguiente aquel viaje habría sido para cualquier otro una humillación dolorosa, Luis XI, convencido de que llegaría la hora de su venganza, había recobrado toda su serenidad y se burlaba de las angustias de los que le rodeaban. Juan Bourré le escribió que estaba dispuesto, en aquellos momentos de gran peligro, á reunirse con su rey, pero que los borgoñones seguramente le condenarían á muerte; Luis XI le hizo contestar en 16 de octubre en los siguientes términos:

«El rey quedó muy satisfecho de vos y dice que cree muy bien que si os llamara vendrías, aunque fuera al fin del mundo, pero que si os llamara os moriríais de miedo en el camino; por lo cual podéis ir á esperarle en París ó en Meaux.»

El día 30 de octubre, después de una resistencia des-



EL REY RENATO Y SU ESPOSA JUANA DE LAVAL.
(Reproducción de un diptico en madera perteneciente á Mme. Chazaud)

esperada de los habitantes, las tropas borgoñonas se apoderaron de Lieja; en el momento del asalto, Oliverio de la Marche había oído como el rey decía al duque: «Hermano mío, id delante porque sois el príncipe más afortunado de cuantos viven.» Los liejenses, que no podían creer en la traición de su aliado, gritaban: «¡Viva el rey!» Luis XI entró en la ciudad con la espada desnuda y la cruz borgoñona de San Andrés en el sombrero, gritando: «¡Viva Borgoña!» Lieja fué totalmente destruída, á excepción de las iglesias; el incendio duró siete semanas, y Commynes, cuando escribía sus memorias, aún oía resonar en sus oídos el estrépito de las casas que se derrumbaban entre las llamas.

El día 2 de noviembre quedó al fin libre Luis XI, quien de regreso en Francia hizo registrar el tratado de Peronne y envió pregoneros á las encrucijadas de París á fin de prohibir «las pinturas, rondós, baladas, *virelais* y libelos infamatorios» contra el duque de Borgoña, pues quería que se guardara silencio sobre los acontecimientos que acababan de desarrollarse; pero hartó sabía que su humillación era conocida en todo el Occidente, que de ella se charlaba en las pequeñas cortes italianas y que con ella había aumentado considerablemente el prestigio del *Temerario*, dentro y fuera del Estado borgoñón, por lo que «odiaba al duque Carlos con veneno de muerte.»

III.—Carlos de Francia en Guiena.—Revolución de Inglaterra.—Guerras entre Luis XI y Carlos «el Temerario» (1).

Después de haber obtenido de su prisionero la promesa de que daría á Monsieur Carlos la Champaña y el Brie, el duque de Borgoña mandó decir al príncipe que no aceptara ninguna otra dote; ahora bien, dice Commynes, «el rey por nada del mundo pensaba entregar lo que le había prometido, porque no quería que su hermano y el dicho duque fuesen vecinos tan próximos.» Luis XI ofreció á Carlos de Francia el ducado de Guiena y mostróse muy hábil en aislarle y en engañarle con artificios. Sus concesiones y sus regalos afirmaron la lealtad del duque de Borbón y del rey Renato, y obligaron al duque de Bretaña á mantenerse neutral. Final-

(1) FUENTES.—Además de las indicadas en los párrafos 1 y 2: *Lettres de Louis XI*, tomos IV y V, 1890-1895. Commynes-Lenglet, tomo III, Documentos publicados por Eugenio Déprez, «Mélanges de l'Ecole de Rome», 1899. Godard-Faultrier, «Mémoires de la Société des Sciences d'Angers», segunda serie, tomo V, 1854, y «Bulletin du Comité de la langue, de l'histoire et des arts de la France», tomo I, 1854. U. Chevalier, «Bulletin de la Société de statistique de l'Isère», tercera serie, tomo VI, 1874, págs. 391 y siguientes. H. Stein, «Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France», 1888, págs. 188 y siguientes. *Journal de famille des Dupré*, edición Lex y Bougenot, «Annales de l'Académie de Mâcon», tercera serie, tomo II, 1897. *Comptes de Risle*, edición Parfouru, tomo I, 1886.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las indicadas en los párrafos 1 y 2: B. de Mandrot, *Ymbert de Batarnay*, 1886. Padre Ledru, *Louis XI et Colette de Chambes*, «Revue de l'Anjou», nueva serie, tomo IV, 1882. J. Roux, *Histoire de l'Abbaye de Saint-Acheul-les-Amiens*, 1890. Samaran, *La chute de la maison d'Armagnac*, «Thèses de l'Ecole des Chartes», 1901 (Manuscrito comunicado por el autor). Dupont-White, *Le siège de Beauvais*, «Mémoires de la Société Académique de l'Oise», tomo I, 1847-51. Tamizey de Larroque, *De l'existence de Jeanne Hachette*, «Revue des Questions historiques», tomo I, 1866.

mente, el principal consejero de Monsieur Carlos, Odet de Aydie, obtuvo la capitania de Blaye y prestó juramento de fidelidad al rey; era gascón, y tenía gran interés en ver á su señor convertido en duque de Guiena.

La aceptación del príncipe Carlos se retrasó á consecuencia de los manejos de dos prelados intrigantes y de mala fama, Harancourt y Balue. Guillermo de Harancourt, obispo de Verdún, que había servido sucesivamente al rey Renato, á Luis XI, á Carlos de Francia y al duque de Bretaña, no había logrado hacer la fortuna con que soñara; defraudado recientemente en sus esperanzas de recobrar el favor real, pretendió obligar á Luis XI á echar de menos sus servicios y advirtió secretamente á Carlos de Francia, que si exigía la Champaña y el Brie le apoyaría toda la nobleza. Juan Balue entró en la intriga y muy pronto fué él quien la dirigió, porque era consumado maestro en materia de bellaquerías. Hijo de un modesto empleado potevino, aquel cura rural que había llegado á ser gran vicario del obispo de Angers, había seducido con su actividad y su astucia á Luis XI, el cual le nombró su capellán en 1464, le hizo el «primero del gran consejo,» y á pesar de su notoria mala conducta obtuvo para él el cardenalato. El día en que recibió el capelo, en 27 de noviembre de 1468, Balue dió un banquete, animado con intermedios, «entre los cuales representantes de farsas había un personaje que simulaba ser el dicho Balue cardenal, quien decía las siguientes palabras: *Hago fuego, hago rabia, hago ruido, lo hago todo y sólo de mí se habla.*» Muy pronto, empero, sólo se habló de su desgracia: sus enemigos le acusaron de haber maquinado la sorpresa de Peronne, y Luis XI, satisfecho de ver que se imputaban á la traición las consecuencias de su propia temeridad, se dejó persuadir fácilmente y excluyó al cardenal de su consejo. Entonces Balue se asoció con Harancourt para impedir que Carlos de Francia aceptara la Guiena, animados ambos por la esperanza de obligar al rey á arrepentirse de su conducta para con ellos y alentados con la idea de que lo peor que podía sucederles era tener que pasar al servicio de Carlos *el Temerario*. Pero la prisión casual de un emisario que enviaban al duque de Borgoña hizo que se descubriera su complot (22 de abril de 1469). Al día siguiente Harancourt y Balue fueron encarcelados, con 1469 gran contento del público, porque todo el mundo les despreciaba y odiaba. Hasta nosotros han llegado siete canciones ó baladas compuestas en aquella ocasión, en una de las cuales se decía:

«Príncipe, yo digo que para enseñanza
su cuerpo debe ser cubierto con una piel velluda,
y que sobre él se golpee de tal suerte,
que se pueda jugar... á la Balue!»

Los dos culpables no fueron sometidos á ningún proceso, pero Balue permaneció cautivo hasta 1480 y Harancourt hasta 1482 (2).

Una semana después de su detención, en 29 de abril de 1469, Luis XI confería á su hermano el ducado de Guiena con las senescalías de Agenac, Quercy, Peri-

(2) El largo suplicio de Balue, encerrado en una estrecha jaula de hierro, es una leyenda. El cautiverio de Balue fué muy benigno. La jaula de hierro en donde, por temor á una evasión, fué encerrado Harancourt en 1476, tenía las dimensiones de una celda.